

**LUIS MARTÍN, Francisco de:** *Historia del deporte obrero en España (De los orígenes al final de la Guerra Civil)*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2019, 371 pp. ISBN: 978-84-1311-086-8.

El estudio del deporte obrero en las más que intensas cuatro décadas iniciales de nuestro convulso Novecientos ha concitado la atención en los últimos años, no podía ser de otro modo, de no pocos investigadores y estudiosos.

En este sentido, nos debemos felicitar por la publicación de una más que sólida investigación, signada por Francisco De Luis Martín, en la que el Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Salamanca —el prestigioso «centro del saber» que en el pasado curso conmemoraba, y con él el conjunto de la sociedad, sus ocho intensos siglos de existencia— aborda el decurso en nuestro país del deporte obrero —muy especialmente la concepción y las propuestas relacionadas con el deporte y las actividades físicas por las entidades obreras— en su etapa seminal.

No puede sorprender que sea el profesor De Luis quien rubrique el trabajo que nos ocupa. Como sin duda conoce el lector avezado, nos encontramos ante uno de los mayores, sino el mayor, experto en historia socio-cultural del obrerismo socialista hispano —en alguna que otra ocasión en compañía del infatigable, y también profesor, Luis Arias—, temática que abordó por vez primera hace tres décadas en un conjunto de investigaciones que se acabaron plasmando en una modélica, rigurosa y de obligada lectura Tesis Doctoral, *La cultura socialista en España 1923-30*, con la que iniciaba un fructífero camino que afortunadamente parece no concluir, pues antes de la obra que en este momento procedemos a reseñar ha publicado casi una centena de estudios —libros, artículos, comunicaciones,

participación en obras colectivas, etcétera— que avalan nuestra rotunda aseveración.

Centrándonos ya en el estudio que nos ocupa Francisco De Luis hilvana un relato riguroso —manejando un abundante y cualificado aparato crítico, destacando sobremanera la utilización de fuentes archivísticas y hemerográficas, en una importante medida inéditas, así como sus numerosos trabajos que en su momento entregó a la imprenta—; sólido —el objetivo inicial, mostrar el cimero papel desempeñado por el movimiento deportivo obrero y sus múltiples aristas, se consigue gracias a la documentación que pone a nuestra disposición—; original —la visión de conjunto y, a su vez, poliédrica, ha sido escasamente abordada por la historiografía—; bien estructurado —no sobra ninguno de los epígrafes que lo vertebran—; y, por último, y no menos importante, ameno —nos encontramos con una narración bien escrita y de agradecida lectura que distingue, así lo avalan el conjunto de su obra, a nuestro autor—.

Para conseguir lo pretendido, relatar el recorrido de la intensa, también compleja, relación entre deporte y obrerismo, De Luis estructura su investigación en seis «capítulos», ocho si incluimos una breve pero sustantiva introducción y las oportunas y necesarias conclusiones, de títulos más que explícitos que a modo de pequeñas células y siguiendo un, en esta ocasión, obligado criterio cronológico, abordan problemáticas específicas que sin embargo, y ello resulta hartamente meritorio, se integran perfectamente en el discurso dando coherencia a la narración.

De este modo, en su esclarecedora introducción realiza, en primer lugar, un impagable balance del estado de la cuestión, sobre el deporte obrero en nuestro país; aborda, a continuación, unas breves aunque oportunas precisiones terminológicas —esclareciendo complejos conceptos: educación

física, movimiento deportivo obrero, deporte popular— imprescindibles para dar sentido a la lectura; finalmente, en tercer lugar, se precisa y justifica una cronología cuyo punto final lo marca, cesura más que obligada, la conclusión de la contienda civil.

En el primer capítulo, «La educación física en el socialismo», se analiza la influencia, también las diferencias, de la Institución Libre de Enseñanza en la construcción por parte del socialismo hispano de su visión de la educación y, por tanto, de la cultura física; se hace un repaso de la práctica de la educación física en las escuelas promovidas y gestionadas por los socialistas; se establece las diferencias que separan a libertarios y socialistas en tan importante cuestión —opuestos los primeros al deporte organizado, competitivo y profesionalizado indisolublemente ligado a la burguesía—; se entra en el detalle de las actividades del grupo excursionista *Salud y Cultura* gestado en la Casa del Pueblo de Madrid en los inicios de la segunda década de la pasada centuria y, más importante, de las colonias escolares de vacaciones incidiendo, nos referimos a este último aspecto, en su fomento por los seminales ediles socialistas en los distintos consistorios del país.

En el segundo capítulo, «Juan Almela Meliá y los inicios del deporte proletario», se aborda el cimero papel desempeñado por el hijastro de Pablo Iglesias —su madre Amparo Meliá fue la fiel compañera del líder socialista desde 1896, también su esposa en 1921, hasta su deceso tres décadas después, en 1925—, en la difusión de los valores y la práctica deportiva entre las bases socialistas. Meliá, un consumado excursionista, montañero y un amante, entre otras prácticas deportivas, del ciclismo y de la fotografía de temática deportiva —una llamativa «anomalía» pues estas eran consideradas por el obrerismo como «actividades propias de señoritos»— se convertía en el principal

propagador tanto de la necesidad, como de las virtudes que se derivaban de la práctica deportiva lo que permite a De Luis ocuparse de los primeros intentos, saldados eso sí con unos magros resultados, de asociacionismo deportivo socialista, siendo su principal paradigma la *Sociedad Deportiva Obrera*.

En el epígrafe «El deporte socialista durante los años veinte», se insiste en tres sustantivas novedades que, en aquella coyuntura, transformarían radicalmente la relación entre socialismo y deporte: la eclosión de éste —fundamentalmente el fútbol, pero también el ciclismo, el excursionismo, el boxeo, el atletismo, etc.— y su conversión en un espectáculo de masas proceso que, al afectar a todas las clases sociales, tendría un importante reflejo en la prensa socialista siendo obligado diferenciar, eso sí, entre el obrero espectador —ya muy frecuente— y el obrero practicante —en progresión, pero apenas generalizado—; el desarrollo del movimiento socialista deportivo en Europa certificado con el establecimiento de la *Internacional Deportiva Obrera Socialista* y la celebración de las primeras olimpiadas obreras; por último, la reconstrucción de la Federación de Juventudes Socialistas de España incorporando a su ideario, como «arma política», la práctica deportiva generándose un enconado, también substancial, debate en el seno de la organización socialista, que De Luis desgrana de forma brillante, entre «deportivistas» y «antideportivistas» deteniéndose en las aportaciones de diferentes líderes socialistas, su inclusión en sus Estatutos y las controversias que generó en los Congresos nacionales de la Federación, así como el establecimiento de distintas Sociedades Deportivas Socialistas, primando sobremanera el caso de la *Agrupación Socialista Deportiva Natura* y el más lánguido de *Salud y Cultura*, ambas domiciliadas en la madrileña Casa del Pueblo.

En el cuarto capítulo, «La Segunda República y la expansión del deporte obrero», se detalla el impulso del deporte en el obrerismo —en las ciudades, no así en el mundo rural; como espectáculo, en menor medida como práctica— favorecido por el nuevo clima político y social que caracterizó al intenso quinquenio que se abrió tras la marcha, en abril de 1931, de Alfonso XIII al exilio. Así, se entra en el detalle de la importancia que el deporte adquirió para las Juventudes Socialistas —tomando como referente a la URSS— consustancial a su proceso de radicalización plasmado en su acercamiento a la organización juvenil comunista. Junto a ello, se aborda el incremento exponencial de los Grupos Socialistas a lo largo de la orografía peninsular haciendo hincapié en el despegue de la ya citada *Salud y Cultura*, así como en la implantación de distintos grupos socialistas infantiles que se tradujo en el intento en 1934, promovido por la dirección nacional de las Juventudes, de crear una Federación de Pioneros Socialistas; finalmente, se realiza la primera coda, sobre la visión del deporte obrero por parte de anarquistas —centradas en el excursionismo y mostrando un acusado desinterés, cuando no una manifiesta hostilidad, tanto hacia las expresiones deportivas, como a las sociedades deportivas creadas por los socialistas— y comunistas —que en el momento que se establecía el Frente Popular fueron realmente conscientes, muy conscientes, de la potencialidad que para la extensión de la revolución, como instrumento de proselitismo político y captación de militantes, tenía el deporte—.

Profundamente imbricada con esta última reflexión se encuentra el quinto capítulo, «La Federación Cultural Deportiva Obrera», en el que tras abordar el relato de la creación y el desarrollo de una institución que lograría aglutinar y coordinar a buena parte de las sociedades deportivas obreras, incide en las agudas

discrepancias en su seno entre socialistas y comunistas que se saldó, muy pronto, con su control por estos últimos en un cada vez más radicalizado contexto —el movimiento revolucionario de Octubre en el otoño de 1934, la represión y la conformación del Frente Popular que le continuaron y su acceso al poder tras las elecciones de febrero de 1936— en el que la «bolchevización» de las Juventudes Socialistas y su fusión con las comunistas resultó imparable. Finalmente, se incide en los posicionamientos de las organizaciones proletarias ante la Olimpiada Popular de Barcelona —respuesta a los instrumentalizados, por Hitler, Juegos Olímpicos de Berlín— que, finalmente, la sublevación iniciada en Marruecos, imposibilitó su celebración.

Finalmente, en el sexto, y necesariamente extenso, capítulo, «Las organizaciones obreras y el deporte en la Guerra Civil», se aborda el estudio de la cultura deportiva en el bando republicano mediatizada y constreñida por la propia dinámica del conflicto que, ya en el otoño de 1938, en afortunado aserto de Xavier Pujadas fue, como tantos aspectos, «engullida por la cultura de la guerra». En el mismo, tras dejar sentada la pérdida de presencia de la información deportiva en la prensa obrera, se incide en la política de incautaciones de sociedades deportivas «burguesas» que se derivó del proceso revolucionario iniciado en la zona republicana, así como el «control sindical» de federaciones deportivas, la fusión «obligada» de entidades deportivas, el establecimiento de sindicatos profesionales de deportistas, etcétera. De no menor interés fue la creación de distintos batallones deportivos, con mayor recorrido propagandístico que eficacia militar, hasta la conformación del Ejército Regular de la República, así como la dimensión internacional del deporte durante la contienda haciéndose hincapié en la III Olimpiada Popular Obrera que, en el verano de 1937, se celebraba en la

ciudad belga de Amberes. Junto a ello, resulta especialmente oportuna la diferenciación que se hace entre la actividad deportiva en el frente de batalla y en la retaguardia, incidiendo en el cimero papel desempeñado por el Consejo Nacional de Cultura Física y Deportes; las Juventudes Socialistas Unificadas —quienes procedieron a una desmedida idealización del deporte soviético—; el movimiento *¡Alerta!* —encargado de la formación premilitar, física y deportiva, de los jóvenes, tanto chicos como chicas, entre 14 y 20 años aún no incorporados al frente— que con el tiempo se reconvertiría en *Airesol*; la en su momento mentada Federación Nacional de Pioneros; por último, la creación de un movimiento específico femenino: la *Unión de Muchachas*. Como no podía ser de otra manera, tras la atención prestada en anteriores epígrafes, nuestro estudio concluye con el detalle del recorrido de *Salud y Cultura*

y de la *Federación Cultural Deportiva Obrera* durante la contienda.

Después de lo escrito resulta obvio que la historiografía del movimiento obrero, muy especialmente la socio-cultural, está de enhorabuena. El «redondo» trabajo que nos ocupa se convierte, desde este momento, en una referencia inexcusable en relación, no sólo, a las múltiples cuestiones que aborda Francisco De Luis —que apenas en cierta medida hemos logrado recoger en esta reseña— sino a la indudable calidad de sus aportaciones. Si todo lo señalado no fuera ya de por sí suficiente, queda certificado, posiblemente el principal objetivo de nuestro autor, que «el deporte obrero es consustancial a la historia del movimiento obrero en España. Y que, en consecuencia, sin su análisis esta historia quedaría incompleta».

Manuel Jesús Álvarez García